

## La juventud americana

El reciente folleto de Miguel de Unamuno sobre la educación, y nuestra crónica anterior sobre la juventud francesa, dieron lugar a un animado diálogo entre un profesor de la Sorbona y un estudiante argentino.

—En resumen dijo el profesor después de algunas frases, ¿la juventud de su país de usted es indiferente ó reformadora?

—No lo sé, repuso el estudiante tras un instante de vacilación; allí todo es embrionario todavía, y no hay las mismas demarcaciones que en París.

—Sin embargo, se dibujarán algunas tendencias.

—Indudablemente, existen los estudiosos y los alegres, los que se apasionan por los problemas de la vida, y los que se desinteresan de todo.

—Ese es el origen de las clasificaciones morales. Los estudiosos comparan y son naturalmente reformadores; los perezaños ignoran y son fatalmente indiferentes. El éxito de toda doctrina depende del mayor ó menor número de estudiosos que hay en cada país. ¿Son muchos en la América del Sur?

—Muy pocos.

—Entonces tienen ustedes desorden y revoluciones por muchos años.

—Es que en América somos libres, rectifica el estudiante con cierto orgullo irrespetuoso, y no nos sometemos.

—Precisamente, replicó el profesor con calma; la libertad no consiste en hacer oír los cánticos los gobiernos, sino su oposición.

—¿Pero que se quiere, y en la América del Sur ahora a una nación que no quiere ir a toda adarve a parar y decir horrores de los gobiernos? En Venezuela, como en el Perú, como en la Argentina, todos los ciudadanos viven de los bolsillos por la fiebre de derribar a los gobernadores y a los ministros, a los presidentes, pero muy pocas veces saben por qué quieren derribarlos. La mejor prueba es que cuando lo consiguen reanuncian contra los reemplazantes la misma campaña. Parece que ponen tanto empeño en luchar contra lo que no quieren, que no les queda tiempo para pensar en lo que quieren. Y las naciones sólo son fuertes, cuando, en vez de reunir partidos contra algo, los reúnen en favor de algo. Los programas negativos sólo favorecen a los ambiciosos.

—Doctor, interrumpió el joven asombrado, si no conociera a fondo sus ideas, creería estar hablando con un reaccionario.

—De serlo yo, repuso el profesor con una sonrisa, los dos estaríamos de acuerdo. Lo que hay de cierto es que soy "reformador humanitario", y ustedes son "anarquistas conservadores". No se explica de otro modo la tarea demolidora a que se entregan desde hace un siglo, olvidando que los partidos no deben figurarse para impedir, sino para crear. En Sud América, como en Francia, la juventud debe tener, al fin la ayuda de su esfuerzo. Y su esfuerzo debe tender constantemente a realizar la más amplia felicidad posible para todos.

—Sin embargo,...

—Sea usted joven, amigo mío, dijo el profesor en tono de burla, y admita la posibilidad de ser bueno.

—Perfectamente, pero no quiero ser niño.

—Los verdaderos niños, falló entonces el profesor, son los que no lo han sido ninguna vez después de haber dejado de serlo.

—Como el estudiante solicitara permiso para comunicar la conversación a ese diario.

—Es usted dueño, concluyó el doctor X... volviéndose para insistir sobre una palabra pero sea usted joven.

—No es posible decir que todas estas frases merecen ser tomadas en cuenta, pero hay algunas que podemos retener con

provecho. Quien así hablaba, es una de esas celebridades universitarias que encabezan el gran movimiento de renovación social en Francia, uno de esos "intelectuales" que Barrés desdeña con tanta sinrazón que el pueblo empieza a aclamar con demasiada persistencia. Perteneció a esa nueva categoría de hombres que antes estaban confinados en los laboratorios y que han entrado a la vida pública a raíz del asunto Dreyfus. Operan en un terreno que les es completamente desconocido. Y toda la ciencia que han acumulado en mucho, no alcanza a preservarles de una honrosa ingenuidad.

Pero sería difícil no coincidir, en algunas ideas, con el profesor de la Sorbona. Está fuera de discusión que nuestro carácter ha sido hasta ahora, demasiado vehementemente y muy poco meditativo. No estamos habituados a razonar, y fallamos sobre casi todas las cosas por instinto ó por imitación. Muy rara vez nos detenemos a analizar una idea para hacernos una opinión motivada y propia. Nuestra pereza nativa nos lleva a adoptar la versión que circula ó a ceder al primer ímpetu. De ahí arranca el origen de nuestros defectos. A pesar de la altivez y el orgullo que afectamos, todos consintimos en ahogar nuestra personalidad para vestir las ideas comunes. Hasta nos parece impertinente tener opiniones personales. Y quizá somos por eso más felices, porque, como dice Anatole France, "es en la imitación donde hay que buscar la causa de la mayor parte de las acciones: las gentes que se conforman con la costumbre pasarán siempre por gentes honradas, y se llama hombre de bien al que mita a los demás."

Las ironías del famoso novelista, convertidas recientemente al colectivismo, son un tanto exageradas. Sin embargo, tienen un fondo irrefutable. Contra esa misma concepción defectuosa de la vida, ha dicho también cosas muy exactas uno de los primeros escritores de la España actual, Miguel de Unamuno, en un discurso pronunciado hace algunos meses en la universidad de Salamanca y publicado recientemente en folleto. Unamuno es el escritor español que ejerce mayor influencia sobre la juventud hispano-americana. Su novela *Paz en la guerra*, sus folletos sobre la educación, y su último libro titulado *Tres ensayos*, le dan cierto carácter de maestro y conductor filosófico. Por eso es curioso ver cómo crítica el acatamiento de que acabamos de hablar, y cómo declara, siendo profesor de una universidad, que "no ha de enseñarse en ella tanto a ganar la vida, como a vivirla." Su discurso descubre los vicios de la educación contemporánea y da los mejores consejos.

Empieza por declarar que debemos ir a la universidad para "esforzarnos con ahínco en conocer mejor" y que "es en los jóvenes en quienes pone la patria sus esperanzas más corroboradoras, porque mal pueden, en efecto, darle nueva vida los que en la antigua frugaron su espíritu." Luego entra en materia y dice a los estudiantes: "debéis estudiar también a vuestro pueblo, porque, siendo aquel de quien vivís, con quien vivís y por quien vivís, es su estudio el único que debe llevaros, como por la mano, a conocer con extrañable conocimiento a la humanidad toda", no sin condenar, al pasar, cierto "culto a los antepasados, que quita sitio en vuestro corazón al culto debido a la posteridad."

A propósito de la emulación, les advierte: "no habéis de proponeros sobrepujar a los demás, sino sobrepujaros a vosotros mismos, ser hoy más que cráis ayer." Hablando de la verdad, añade: "Buscad la verdad y su triunfo, y todo lo demás se os dará por añadidura", porque "si algo distingue a la verdadera juventud, es la redundancia de la vida, redundancia que, para la mente, se convierte en comienzo de saberlo todo, de inquirirlo todo, en curiosidad a todos los vientos orientada." Después de definir que "la rutina es pereza en acción", les alienta a "poner en tela de juicio hasta lo que más asentado y axiomático pa-

rece a y no aceptar postulado alguno." Termina citando la célebre frase de Michelet: "La verdadera educación no abarca sólo la cultura del espíritu de los hijos por la experiencia de los padres, sino también, y con mayor frecuencia, la del espíritu de los padres por la inspiración innovadora de los hijos."

Al hablar así, Miguel de Unamuno ha precisado en frases concisas y elocuentes los errores fundamentales de la educación contemporánea y los principios necesarios de una educación más racional. Lo que escribe para la juventud española, puede aplicarse también a la juventud sudamericana. "No os acordáis, dice, de que hai hombres cuando investigáis la verdad, que debe erigirse sobre todos los hombres, y sobre los intereses humanos todos. El hombre, para ser verdad, no la verdad para el hombre. Esta última fórmula puede ser el programa de una evolución futura."

La mayoría de nuestra juventud se ha acantonado, hasta ahora en lo existente, negándose a saber si hai algo más allá de la verdad actual. No ha tenido esa voluntad de saber que empuja a algunos hombres a discutir con su conciencia. Se ha contentado con resbalarse sobre la superficie de las cosas y con sacar el mejor partido de la vida, desdichado ó un egoísmo inocente. De ahí que ciertas ideas, vulgares en otros países, parezcan en el nuestro originalidades extravagantes. La mayoría no está al cabo de las evoluciones del siglo, y persiste en aplicar a los hechos recientes un criterio anticuado. La hoja diaria parece bastar para satisfacer la curiosidad del momento.

Es inútil repetir que los diarios, por excelentes que sean, no alcanzan a consolidar una opinión filosófica. Nuestra educación es, por esa causa, tan superficial como nuestro carácter. Llegamos hasta mirar con cierto menoscupo al hombre ilustrado. Entre su ciencia y el *facón* de un valiente, casi siempre nos decidimos por el último. Todavía nos seduce y nos domina la fuerza, hasta el punto de constituir el principal resorte de nuestra vida. Los gestos nos entusiasman, y las razones nos dejan indiferentes; una herosidad de melodrama nos hace olvidar el mejor de los axiomas.

Son defectos que se reflejan en la actitud política de la juventud. Nos falta la noción del bien público y nos sobra el orgullo personal. No hai un sólo joven que, sabiendo leer y escribir, no ambicione ser diputado; no porque tenga el deseo de favorecer al país influyendo en un sentido ó en otro, sino simplemente "para ser diputado". El desinterés nos parece una cualidad inaccesible, y sólo comprendemos que el hombre luche por intereses particulares. Por eso es que, en la opinión sumaria y tosca que se forma la multitud, todos los dirigentes se dibujan como malversadores de la fortuna pública. La masa no concibe que los hombres puedan proceder con la sinceridad de una convicción, quizá errónea, pero siempre respetable.

Parece que hubiésemos nacido exclusivamente para la tarea negativa de la oposición. Y aún en ese supremo egoísmo, encontramos medios de deslizar otros secundarios; utilizamos los comités electorales como un medio de improvisarnos una jerarquía; nos aplicamos a figurar en las convocatorias y a rehuir la propaganda, y consideramos las asambleas electorales como empresas de publicidad.

Estas desviaciones son quizá comunes a todos los países, pero en la América del Sur se hacen sentir con mayor brío. La juventud se desinteresa de las ideas, y sólo se afana por levantar ó derribar hombres. Nuestros programas de oposición se hacen con un manejo de apellidos.

Quizá proviene este defecto de que, en cuanto a la doctrina, nos limitamos a proclamar principios vagos y elementales que nadie discute, como la bondad, la equidad, el orden etc., que son pro-

gramas comunes a todos los partidos. Sería más eficaz abandonar esas palabras y precisar ideas. Los que hacen oposición deben decir *por qué* la hacen. De esa manera los gobiernos se verían libertados de la hostilidad viciosa y sistemática que ahora los oprime, sea cual sea su actitud, su tendencia ó su fin. Quizá se evitaría así una clasificación de los países, y se evitaría la eterna clasificación inútil de nuestros países, donde nos combatimos con un puñado de frases. Cada ciudadano se vería en la necesidad de declararse ultramontano ó liberal, conservador ó reformador, proteccionista ó librecomercista, republicano ó democrata.

De sacre que se estableciera una lucha de tendencias; al calor de la cual fructificarían fácilmente las ideas de la solidaridad universal.

Nuestra juventud podría influir en este sentido, si se decidiese a tener opinión sobre todas las cosas. Todos los problemas deben interesarle. La vida tiene fines más altos que la satisfacción de nuestras pequeñas ambiciones. Si aprendiésemos a abogar el egoísmo y a ocuparnos de los intereses de los demás, habríamos adquirido ese reposo benéfico, que es la mejor felicidad. Pero, en todos los casos, es indispensable tener convicciones, ya sean ellas revolucionarias ó retrógradas, y afirmarlas abiertamente, sin perjuicio de seguir estudiando y rectificando si cabe.

Sólo en la sinceridad, puede encontrar la juventud un terreno favorable. Cattle Menéndez decía: "Si fuera posible mostrar la pobreza de alma de los que preparan y dirigen los entusiasmos de la muchedumbre, pocos jóvenes contribuirían con su aclamación, y si todos los jóvenes supieran cómo se elabora un triunfo callejero, ninguno persistiría en alcanzarlo. Las celebridades de asonada se hacen con cuatro agentes electorales y una debilidad del jefe de policía." Todo lo cual puede condensarse en una línea de prosa: evitemos el orgullo, y si es posible, los éxitos.

Si existiera dentro de la juventud americana, ese imposible hombre ideal que no tiene un solo enemigo y reune las simpatías de todos, su deber estaba trazado.

Como podría provocar descontentos, puesto que era irrealizable, nada le impediría avanzar hacia la juventud y decirle:

"Todos nosotros somos en cierto modo los artesanos del porvenir. Por muy desto que sea el teatro en que se desenvuelve nuestra actividad, ninguno pasa sin haber contribuido a modelar la vida de mañana. Hasta podemos decir que nuestra obra es anterior a nuestro esfuerzo. Tememos cierta influencia sobre los dirigentes de las generaciones anteriores, y gobernamos el carro de la vida, antes de habernos apoderado de las riendas. Nuestra fuerza es tan grande, que vemos florecer nuestro jardín antes de haberlo fecundado. Pero sólo es posible preparar el porvenir trabajando sobre el presente.

La influencia que ejercemos sobre las generaciones que nos han precedido puede ser empleada en un sentido ó en otro. Está en nuestra mano exaltar el ideal, ensanchar la libertad y sostener la justicia, ó perpetuar la ignorancia, alentar la superstición y desencadenar su tiranía. En el momento actual, en esta peligrosa encrucijada de la historia, la juventud puede detener ó precipitar ciertas corrientes, y dirigir hacia un punto ó otro del horizonte la barca del futuro. El mundo ha alcanzado un grado de madurez, que es fácil darle, sin esfuerzo, la forma descendente. Sin adoptar la escarpada de ningún partido, sin atarnos a ninguna teoría filosófica, y sin comprometer bajo ningún pretexto nuestra libertad de acción, sería necesario trabajar por el progreso moral, ensanchando nuestras concepciones de la vida, sacudiendo los prejuicios y deslizando todos los días en nuestra acción un poco más de generosidad y un poco más de

justicia. Si ha dentro de la juventud algunas almas envilecidas por la ambición, que han olvidado todo empuje generoso, para gozar en el desorden de los apetitos actuales, no nos ocupemos de ellas. Son una minoría. I no pueden ser consideradas como parte integrante de la juventud, porque la juventud es anhelo de perfección, rebeldía contra lo absurdo, i grito alegre de los que están de acuerdo con su conciencia. Nuestra labor debe tender á empujar la vida hacia su verdadero objeto, el perfeccionamiento del hombre. La juventud no puede tener más tradición que la verdad. Su fin es fabricarse una vida completamente nueva.

Sobre todo, tener la audacia de vida, de hacerla vivir, de imponerla quizá. Todo el que posea una verdad debe proclamarla en voz alta, porque cada cual tiene la obligación de distribuir lo que sabe. El silencio es el "capitalismo" de las ideas.

Tenemos un pie en el pasado i otro sobre el porvenir, somos fuertes, estamos preparados para las discusiones, i sea cual fuere el color de nuestra opinión, debemos tener la franqueza de confesarla. Todo se reduce á una fórmula: neta i poderosa: "saber lo que queremos". Se objetará que la oratoria es el arte de tener siempre razón. Pero, sin creer en la eficacia de los discursos, se puede adelantar que quien habla así, coincidirá con el pensamiento de muchos jóvenes.

Independientemente de ciertas doctrinas filosóficas, que sólo nos asustan cuando las ignoramos, la juventud no puede menos de estar de acuerdo con el pensamiento de Miguel de Unamuno i con las opiniones del profesor de la Sorbona. El siglo que se abre será el campo de batalla de dos tendencias decisivas, que alcanzarán su Austenlitz ó su Waterloo. Una se dirige hacia el pasado, i otra se aventura hacia el porvenir.

Barrés dice que son dos "revoluciones en marcha: la una que quiere establecer lo antiguo, i otra que desea derribar lo actual". Lo cierto es que hemos legado al nudo de la historia contemporánea. En los países en que la vida intelectual es más intensa que en los nuestros, esas tendencias han deslindado ya sus posiciones ó han empeñado el combate. Algunos creen que no pasarán muchos años sin que ocurra lo mismo en América. Según ellos, la juventud se verá obligada á elegir entre los dos temperamentos en lucha, como ha ocurrido recientemente en Francia. Sería una selección; i sólo el estudio i la voluntad constante de alcanzar la verdad, pueden prepararnos para ella.

Todo consiste en adquirir el mayor número de conocimientos posibles. Si se presentan las dificultades, tendremos la llave para vencerlas, así se equivocaron los augures, siempre nos quedarán, como beneficio, los nuevos horizontes que habremos descubierto.

Lo único seguro dentro de todas estas suposiciones, es que la juventud está llamada á influir poderosamente sobre los acontecimientos futuros. El escepticismo ha pasado de moda, i las nuevas generaciones no pueden seguir abandonándose á la existencia, como hacen vacías. Las razones de Miguel de Unamuno han derribado los *idolatrismos*. I la juventud sudamericana, sean cuales fueren sus convicciones, acabará por acomodarse á defenderlas, en esas grandes luchas pacíficas que son la esencia misma de una democracia.

MANUEL UGARTE.

ADMINISTRACION

Con motivo de las fiestas de Carnaval, no pudo salir a luz nuestro periódico el sábado de la semana pasada.

Para suplir esta falta, agregamos en el presente número una hoja.

Callao, 10 de marzo de 1906  
Los Editores.

Germinál

Ignorancia i mala fe

La discusión del empréstito puede servir de termómetro para determinar la ignorancia i la mala fe de algunos hombres. Parece mentira la insolencia con que se sostienen los mayores absurdos, i ena la inescrupulosidad

con que se enuncian las doctrinas más inmorales.

No sabemos cómo puede afirmarse que "un ferrocarril es un elemento de civilización más eficaz que la escuela i el preceptor." País ninguno debe su progreso á elementos enteramente materiales, que no penetran en el ánimo de las muchedumbres, que no engendran hábitos de cultura i moralidad, que no ensanchan la inteligencia, que no dan vida al carácter. Todas las naciones del viejo i del nuevo mundo que muchas veces nos citan como modelos se han engrandecido por medio de la educación. Allí están Alemania i Estados Unidos. Fueron Fichte i sus discípulos los que prepararon las victorias de Sedán i Metz, i son las escuelas de la república americana las fuentes creadoras de la energía, i la audacia de los compatriotas de Washington. En el Perú hai que sentir la necesidad del maestro con mayor pujanza que en cualquier otro pueblo. Somos una raza abatida, viciosa, sin estímulos generosos, sin aspiraciones amplias, i lo que es peor todavía, sin la más pequeña esperanza en nuestro mejoramiento. Toda labor que no se dirija á modificar radicalmente nuestro espíritu carece de importancia i trascendencia. Lo que no conmueva i no purifique nuestra alma es tarea inútil. Aquí para cada habitante se necesita un maestro, es decir, un engendrador de fuerzas morales, de virtudes cívicas, de sentimientos elevados. La falta de educación nos ha mantenido durante cuatro siglos en la miseria más espantosa, en la podredumbre más rufin, en la debilidad más absoluta. Ningún pueblo tuvo mayores elementos materiales que el Perú para constituirse en una enorme nacionalidad, i ya vimos la prontitud con que bajó al abismo. ¿De qué le servirían sus riquezas? Absolutamente de nada: más bien aceleraron su ruina porque le envilecieron.

Dada la realidad de nuestras observaciones, es forzoso convenir en la ignorancia i la mala fe de los que antepusieron el ferrocarril á la escuela i el preceptor. El ferrocarril puede significar i valer mucho como elemento de desarrollo material; pero su influencia educativa es nula, i aquí todo debe cejar el paso á la formación del carácter, al engrandecimiento psíquico de la personalidad. Vale la pena recordar que Spencer no atribuye la menor eficiencia en las victorias del ejército alemán ni al genio de Moltke ni á la política de Bismark: lo que admira el sociólogo inglés en esos hechos es el espíritu de la raza germánica vigorizado por sus maestros.

Hai también ignorancia i mala fe en afirmar que "cuando las regiones andinas estén unidas á la costa por ferrocarriles, no volveremos á tener ahí los "espectáculos de retroceso i de barbarie "con que día á día se escandaliza la civilización." Si en tan poco consistiera la cultura i el progreso, no veríamos á los indios de Canchas i de Puno explotados i esarnecidos por gamonales i sátrapas. Algo más: si los ferrocarriles destruyeran los sedimentos de barbarie que se agitan en nuestro espíritu, no habría en ninguna provincia autoridades rapaces, crueles é ignorantes, desde que todas ellas parten de Lima i están acostumbradas á utilizar los beneficios de esos medios de civilización.

En el fondo de la idea que combatimos lo que se advierte con bastante claridad es el propósito de atribuir á causas eventuales uno de los síntomas característicos de nuestra falta permanente de educación. Unida á la costa, i lo que es más, á la metrópoli de la república, está la provincia de Huarochiri; i son pocos los espectáculos de retroceso i de barbarie con que ahí se ha escandalizado á la civilización? Ferrocarril no quiere decir honradez, i esto precisamente es lo que no existe en el Perú. Los hombres honrados, sea cual fuere su condición, propenden al bien, i acaso cuanto más reducidos consideren sus elementos materiales de acción, mayor empeño ponen en sobresalir. Sostener lo contrario equivale á excusar las eternas pérdidas de nuestra existencia.

Revelan también ignorancia i mala fe

los que consideran los ferrocarriles como "un medio de extirpar en los indios el "vicio del alcohol, pues se les proporciona "nará trabajo." No es precisamente trabajo lo que le hace falta al indio, ni es la ociosidad la verdadera causa de su afición á la bebida. El indio es el único trabajador en el Perú: indio es el minero de la sierra, indio el agricultor de la costa, indio el habitante de los cuarteles. Su trabajo no guarda proporción con sus fuerzas en la mayoría de los casos, i sin embargo ni se fatiga ni se cansa. I á despecho del trabajo bebe hasta envilecerse, i quién sabe si cuanto más ruda es la faena mayor ahinco gasta en embriagarse. Pero suponiendo que no sea exacta nuestra observación acerca de la laboriosidad de los indios, no atinamos á comprender la relación que se quiere fundar entre la hechura de una línea férrea i el desenvolvimiento de la virtud de la temperancia en el espíritu de una raza. Los vicios—i acaso el del alcohol más que ningún otro—no se desarraigan con medios indirectos i eventuales. Hai que actuar sobre ellos en forma directa i de un modo permanente; se debe atacar la raíz, herir la causa del mal. Si las gangrenas sociales se extirparan por los medios que preconizan los sostenedores del empréstito, no dominaría el alcoholismo entre los indígenas, desde que tanto i tanto trabajan.

No creemos haber avanzado ni poco ni mucho al combatir estos absurdos i estas inmoralidades; pero tenemos derecho á suponer que es obra patriótica primerles en transparencia para que no furben ó extravían el criterio de los hombres sencillos. En todo caso, siempre será provechoso condenar la ignorancia i la mala fe de los que se arrogan el derecho de disponer de la suerte del país sin llevar en el cerebro la suficiente luz para ver las cosas con claridad i sin tener en el pecho la rectitud necesaria para no apartarse nunca de la verdad i de la justicia.

Precisa decirlo muy alto: si es la ignorancia la que obliga á los defensores del empréstito á decir las cosas que hemos combatido, carecen de título para gobernarlos; i si es la mala fe, urge que el país se aperceba del delito i procure defenderse. En uno i otro caso están perdidos estos hombres, i la nación cometerá un crimen si tolera que la cubran de vergüenza i lodo.

El Ministro de Fomento

La renuncia del ministro de fomento es el tributo rendido á la honradez i la verdad por un hombre de bien.

José Balta era el único ministro del señor Pardo que se distinguía por la rectitud de su conciencia, la sinceridad de sus convicciones, la altivez de su carácter, la amplitud de su inteligencia i la buena fe de todos sus procedimientos. Era también el único hombre de trabajo que daba lustre i nombradía al gabinete, i lo que es mejor que todo, el único que nunca se ha manchado con mixtificaciones, mentiras é ignominias.

José Balta no cabía decorosamente en la actual administración, i hace mucho tiempo que su renuncia era esperada por todos los que comprendemos lo que él vale, lo que él es, lo que él significa para el patriotismo i la probidad.

José Balta ha dado una verdadera lección de honradez á sus compañeros de gabinete, i hasta pudramos decir que deja marcado un derrotero para todos los hombres de bien. Así se cae; con orgullo, con el santísimo orgullo del que respeta la verdad, del que no quiere inferir daños á la patria, del que pospone los intereses políticos á las conveniencias de la nación, del que desea conservar la pureza de su nombre i la integridad de su espíritu.

Si José Balta, á semejanza del señor Leguía, hubiera ido al Congreso á sostener con mentiras i sofismas la necesidad del empréstito, habría perpetrado un crimen, se habría confundido con la turba de hombres inescrupulosos i falaces que están convirtiendo la república en un cementerio de vergüenzas i oprobios. En cambio, hoy tiene la gloria de simbolizar una gran causa: la causa de la honradez i la verdad.

I en medio de todo, sentimos la separación de José Balta, porque la repú-

blica deja de utilizar los servicios de un hombre preparado para el bien. La obra, la gran obra del insigne ministro de fomento que acaba de dimitir no estaba concluida, i no vemos quién pueda completarla. Balta ha sido la escuela de agricultura, la escuela de artes i oficios, la sericulturista, las academias nocturnas para obreros, la escuela de catapaces; i como a esto no bastara para dejar una huella indeleble, había planteado la irrigación de la costa, la apertura de caminos, la fundación de una escuela de enfermeros i la humanización del trabajo en fábricas, talleres, haciendas i minas.

Hombres como José Balta nos reconcilian con el Perú. No está totalmente podrida la nación que tiene un ciudadano de talla moral tan elevada, tan digno del respeto de todos los que aman el bien.

Estudiando ahora la renuncia de José Balta como un hecho político, declaramos que es un *inri* para la administración del señor Pardo. Allí están las palabras de ese ciudadano: se retira del gabinete porque "la discusión del contrato de empréstito le hace ver la necesidad de que el ministerio sea completamente homogéneo desde el punto de vista político." O lo que es lo mismo: desde que él no simpatiza con una negociación ruinosa en el fondo i depresiva en la forma para el Perú; desde que él no desea mentir ni traicionar á la patria; desde que él no entiende la política como el arte de ultrajar todo lo noble, todo lo respetable, todo lo inmaculado; desde que él cree que carecen de escrúpulos i de probidad para seguir la senda que les trace el mandatario supremo á fin de satisfacer propósitos i conveniencias que no son ni serán nunca nacionales.

Materialmente está hundido el empréstito. Materialmente también está hundido el régimen del señor Pardo; i la república, necesario es decirlo, debe felicitarse de ambos hechos. Ahora puede venir todo lo que se quiera; pero ya sabe el país que el empréstito es un mal horrible i que el gobierno representa un tes que todo el imperio del sensualismo político en la forma más burda i más grosera que es posible concebir.

Intransigentes por principios, por educación i por convencimiento, no trazarán estos caminos si realmente sintieron la grandeza moral de Balta; si, al menos, conceptuáramos digno de una disimulada felicitación por su gallarda i austera rectitud.

Quecchilla

Anunció La Prensa que don Juan Caceres, por intermedio de don Juan de Castro, trataba de constituir un sindicato en Chile para explotar sus minas de Huanavelica.

Fue tan enérgica la indignación que esta noticia produjo en todos los espíritus honrados i patriotas, que el general Cáceres resolvió desautorizarla; i aun cuando La Prensa la sostuvo con amplitud, pareció justo ponerla en reserva, siquiera momentáneamente.

Luto, bien duro se hacía creer que el general Cáceres anduviera en tratos con los chilenos, para traerles al Perú como socios ó compañeros en una negociación de importancia. El general Cáceres ha simbolizado siempre el odio á Chile, el rencor eterno de la patria, el implacable anhelo de la revancha. Si se le ha aborrecido i vilipendiado como político, todos, hasta sus más intransigentes enemigos, le reconocieron tenacidad en la aversión á Chile. Pero ahora, ese mérito — el único que le quedaba — se le cubrió de lodo, pues es evidente su propósito de explotar las minas de Huanavelica con capitales chilenos.

En efecto, dos representantes del sindicato constituido en Santiago acaban de visitar esas minas; i según nuestros informes, están satisfechos de la negociación i probablemente inducirán á sus compatriotas á la acometida.

Ha llegado el caso de preguntar ¿puede el gobierno convenir en semejante amenaza? ¿Debe el país tolerarla? Ni lo uno ni lo otro. Si el general Cáceres, cegado por la codicia, no comprende el peligro que entraña para la república la importación de capitales chilenos, urge hacerse entender de alguna manera. Por lo que atañe á nosotros, insinuamos la idea de organizar meetings de protesta en todas partes. No es posible admitir una ignominia i una maldad tan clamorosas. Si no hay vergüenza entre nosotros ¿para qué diablos servi-

Estupor ha causado en el país el nombramiento del señor Zapata como Mi-

Los señores Ferrer, Pardo, Barea, etc.



hombre fuerte se trasluce una alma pueril; alma femenina, si queréis, en la que predomina la nerviosidad i el capricho. Si esto es así, ¿cómo se puede esperar el cumplimiento de esas ideas, tendiendo a la personalidad del Sr. Leguía i Martínez perfectamente definida.

La labor prefectural hasta hoy del Sr. Leguía se resiente de egoísta, inepta i tolerante. Cuida mucho de él solo—diario por el fundado i redactado en compañía de cuatro tipos de alabar las iniciativas cuya paternidad reclama correspondiendo a otros i que avergonzaría a una autoridad seria el simplemente involucrarlos, como: desmonte de muladares, compra de un gabinete de física para el Colegio, corte de partidas en el presupuesto de la Beneficencia i multas a tuas casas de juego del puerto de Paita.

La iniciativa sobre el desmonte de muladares corresponde al diputado señor Reusche, que hace dos años quiso emprender esta obra, no con el único objeto de hacer, como presidente de la Junta Departamental, un beneficio a la localidad, sino para reunir brazos i servirse de ellos en las elecciones políticas que para representantes se realizaron el año pasado. Posteriormente el Sr. Helguero—antiguo Alcalde—apoyado por la Junta Departamental, inició los trabajos. La labor prefectural se ha reducido en este asunto a conseguir encarcelados que trabajen por 25 centavos diarios.

La antigua Junta Económica del Colegio de San Miguel, resolvió destinar el 8% de los sobrantes de sus presupuestos a la adquisición de un gabinete de física, proponiéndose reunir 4 a 6000 soles. Cuando el Sr. Leguía—según la nueva ley—se hizo cargo de la presidencia de la Junta, encontró ya empozados en el Banco del Perú i Londres S/ 1200, i con esta miserable suma creó el laboratorio don Germán haber puesto una pica en Flandes, encargando ipso facto un gabinete de física (?) que estará constituido a lo más por 15 ó 20 aparatos.

Sobre la labor del Sr. Prefecto en los presupuestos de la Beneficencia, me ocuparé en su debida oportunidad al tratar de esta celeberrima institución.

Su intervención en las multas de policía a las casas de juego i tolerancia de Paita, causa repugnancia, chisneos de comadronas solitarias i quejas de los conductores de ellas i ofensas entre Prefecto i Subprefecto en la labor realizada por el Sr. Leguía con el propósito de convertir a los pitechos en prototipos de inmoralidad i vilcía.

El Amigo del Pueblo ha desenmascarado a toda la cacareada labor prefectural del Sr. Leguía, sin que éste en El Sol haya podido refutar ninguno de los cargos que se han hecho tanto contra él como contra sus tenientes. Lejos de denunciarlos, si eran falsos, i esto está obli gado toda autoridad celosa de su prestigio, se limitó al ataque personal i rastro; al gasto de bilis, propio de hombres soberbios, vamos, envidiosos é inexpertos. A otra autoridad que hubiese recibido los zurrigazos que le ha dado El Amigo del Pueblo, no le quedaba sino dos caminos: ó buscar en el terreno del honor al redactor de esta hoja ó sumergirse de vergüenza bajo las alfombras de su sala prefectural hasta el momento de liar raleitas i abandonar esta tierra digna de mejores autoridades i no de personajes como los Leguía, los La Torre i los Canseco.

¿I saben ustedes, S. S. R. R., cuál ha sido la última labor del Sr. Prefecto? Obstruir i calumniar la propaganda más benéfica para este departamento; el proyecto del ferrocarril del norte atribuyéndolo a los que componen el Comité móviles políticos personales.

De ustedes, S. S. R. R., auto i SS.

El Corresponsal

Acomayo, 20 de enero de 1906

Sr. Director de "Germinal."

En vista del interés que toma Ud por el progreso nacional, hoiárico en darle a conocer las aspiraciones de esta provincia.

Entre la turba de mandatarios con que nos asfixia el gobierno, son rarísimos los que propenden al desarrollo moral i material del pueblo i los que tienen doctrina, porque "el partido civil" alcaja de su gestión política las discusiones doctrinales que separan a los hombres." Pero justo es declarar que el subprefecto Románvilce es una de estas excepciones.

Puede Ud, cerciorarse de lo que digo, por los siguientes párrafos conceptuosísimos que ha elevado a la Prefectura del Cuzco sobre el estado actual de las escuelas fiscales i sobre las mejoras que necesitan:

"La instrucción en estas secciones territoriales, siempre será la de años pasados; siempre tendremos que ser auto-

pedagogos, si el personal docente continúa en la rutina.... intoxicante, de manera que de nada le servirá al niño la "recitación de la doctrina cristiana". La lectura i escritura de números, cuando él no se dá cuenta de lo que, a fuerza de repeticiones ó automáticamente, llega a retener en la memoria.

"Es sensible decir que en nuestras escuelas no se dá "educación moral."

"No hablo de la moral filosófica, es decir de la teoría del bien, ni de la moral teológica, no; hablo de la moral práctica; hablo de esa moral que debe enseñarse en las escuelas."

"¿Acaso el niño escolar conoce sus deberes individuales, sociales, etc? No; conoce apenas el "catecismo de la doctrina cristiana" en nombre, por que su rúd no le permite remontarse al abstraccionismo antes de que sus facultades se hayan desarrollado convenientemente; mejor dicho, sólo se le educa para el cielo i no para la vida; se confunde la enseñanza moral con la religiosa; siendo así que ésta debe ser dada tan sólo en el hogar doméstico, i según nuestras leyes, (art. 65 inc. 9 Ley Org. de I.) en el templo, con excepción de los anticatólicos, i aquella en la escuela, ó lo que es lo mismo; ésta quedó separada de la Iglesia....."

"Trabajemos ante todo por la moral i echemos los primeros cimientos sobre bases bastante sólidas para que el día en que una crisis arrebathe las creencias religiosas no desaparezca con ellas la idea del deber."

Hablando de la "educación física", dice:

".....El misticismo arraigado en los educacionistas no ha sido removido; créese que el hombre debe perfeccionarse sólo espiritualmente i que el cuerpo, como fuente de pecado, no debe merecer ninguna atención; por el contrario, debe ser castigado con ayunos prolongados i con privaciones de toda especie; desde luego, los ejercicios de sport, juegos atléticos, el canto, el trabajo manual, son desconocidos....."

Una autoridad que profesa estas ideas i trata de convertirlos en hechos, debe merecer el apoyo de sus gobernados. De más atento servidor

El Corresponsal.

P. D.—Sr. Director, sírvase Ud. decirme ¿Quién es el que formuló el nuevo plan de estudios?—Es un cura? ¿quién un fraile?—Pues no podemos convencernos de que en pleno siglo XX tengamos que ceñirnos a un plan anti-científico, anti-pedagógico, anti-moral; esto llamamos nosotros *lesa libertad*. ¿Quién la castigará?..... Porque ¿quién tiene derecho a obligarnos a creer en las doctrinas de Mahoma?—¿quién en las de Jesús?.....

### El nuevo ministro de gobierno

(Editorial de El Sol.—Cuzco)

La designación de don Ernesto Zapata para subrogar al doctor Romero, en el Ministerio de Gobierno, sugiere la idea de que, ó no es cierta la pretensión del civilismo de tener en su seno las más notables i prestigiosas intelectualidades del país, ó que el excelentísimo señor Parado se propone seguir una política amenazadora a las libertades públicas.

Los antecedentes del señor Zapata i el papel que representó cuando también fué ministro de gobierno en la malhadada i estúpida administración de don Eduardo de la Romana, no pueden jamás constituir título de competencia ni de honorabilidad para desempeñar con altura aquel delicado cargo, de cuya ilustrada i recta actuación en el orden interno político del país, depende en mucho la conservación de la tan cacareada paz pública, que sólo puede cimentarse en el más amplio respeto a los derechos ciudadanos i bajo el positivo imperio de la ley.

No puede ejercer tan preciosa garantía quien carece de civismo para controlar los avances de una administración que depende al autoritarismo más desenfrenado i ilegítimo.

Como no hacemos inculpaciones gratuitas ni normadas en un criterio adverso de mero empeño, opositorismo, nos basta recordar la manera ridícula como desempeñó el señor Zapata la prefectura del Callao, puesto en el que comprobó hasta la saciedad la miseria de sus alicances intelectuales i la negativa determinación de su carácter.

Designados, como parecen estar ya, los candidatos oficiales para reemplazar el cargo de representantes que ha vacado en la última legislatura, hai el temor de que en las elecciones que próximamente han de practicarse con tal objeto, se renovará el sistema de las imposiciones en formas más ó menos irritantes i lesivas a la soberanía del pueblo, con las acostumbradas consignas a las autoridades

políticas comunicadas por el famoso, director de gobierno, que desde los tiempos de Romaña, viene amestrándose en el arte de las intrigas para la confección de fraudes electorales.

Excusado es decir que para que aquel funcionario proceda a sus andas en ese inicuo campo del libricidio, ha de contar con el asentimiento previo del ministro del ramo, á no ser que este mismo sea quien dirija el consabido fraude eleccionario.

En uno ó otro caso, la designación del señor Zapata para la cartera de gobierno se explica, pues sólo necesitándose de instrumentos dóciles á toda maquinación anti-constitucional ó de hombres sin conciencia, capaces de dirigir iniquidades i perpetrar legítimos, se puede echar mano de individuos tan inverecundos. Entidades negativas de la calidad del señor Zapata, que tanto sirven para un fregado como para un barrido, no pueden nunca hacer honor a un gobierno que quiera brillar con la aureola de la ilustración i la probidad política.

Personas de ese jaez, de pobrísima figuración social, que no llevan un ápice de valer propio, sólo sirven para llenar vacíos en casos de apuro, i son llamados incondicionalmente cuando se trata de prevenir una crisis, como la que ha estado á punto de ocasionar la renuncia del señor Romero: son individuos que no aportan al puesto en que la fuerza de las circunstancias los coloca, el elevado concepto que es indispensable tener de lo que significa la trascendental tarea gubernativa; porque ese concepto con las responsabilidades que entraña. To tienen sólo los hombres preparados para el ejercicio de las funciones públicas, que en proporción a la magnitud é importancia de éstas, exigen también, de los miras gubernamentales, condiciones seriosas de intelectualidad, rectitud é firmeza de carácter, para no ser arrastrados por la peligrosa corriente de los indignos intereses políticos, sirviendo de dóciles instrumentos del poder, que cuando llega á dividirse de la opinión pública, trata de oprimirla con los golpes brutales, inherentes á todo despotismo.

Don Ernesto Zapata, reemplazando en la cartera de gobierno al doctor Romero, que acaba de dar á la República toda una valiosa lección de integridad i decencia políticas, [1] tiene mucho de sarcástico é irrisorio. Mejor es "estaba ese hombre inepto é inescrupuloso, presbendado con la representación de gobierno ante la compañía nacional sufrida; arrancarlo de ahí es hacer un daño mayor al país i un flaco servicio á él mismo.

No se puede concebir un ideal de buen gobierno con factores nulos i depravados.

Ya los hechos confirmarán nuestras palabras.

[1] Aun cuando no aceptamos estos conceptos, creemos justo declarar que media efectivamente bastante distinción entre el doctor don Eulogio Romero i don Ernesto Zapata.

La Dirección de Germinal.

### ENSUEÑO ROJO

Recostado perezosamente contra una roca, ensombrecido por otra que avanzando sobre ella hace oficios de toldo, contemplo el mar.

Un vienteillo de Levante riza, sobre los bullones de su azul, encajes de plata; las gaviotas buscan codiciosamente sus aguas, ó trazan semicreoslos sobre las aguas; pescadoras lanchas van i vienen encima de él, con la vela tendida al viento; grupos de hombres descalzos traen á la playa el copo, viniendo con sus músculos las resistencias del sogaje, i acompañando la maniobra con gritos guturales i roncos.

Mis ojos se cierran, emperezados por las caricias de la atmósfera. No duermo; me entrego al soñar voluntario que la imaginación del hombre provoca, para trazar un paréntesis en su presente i recordar cosas del pasado ó traer á los ojos del espíritu las visiones del porvenir.

Veó en mi ensueño las calles de Málaga embastradas por un ejército de trahajadores mendigos, que destacan humildemente la cabeza i extienden la mano en actitud de súplica; familias enteras vivaquean en los alrededores de la encantadora población, sin techo que dé cobijo á sus dormires, sin hambre donde humee la olla cocedora del yantar.

Envueltos en pingajos, los hombres, las mujeres, los niños, bostezan al sol; otros grupos se hacinan sobre el muelle, aguardando el momento de subir al vapor i emprender rumbo á las tierras americanas: los más se dispersan por calles i paseos de Málaga, confiando á la

caridad pública el cuidado de reunir su peculio de viaje.

Todos esperan el minuto de abandonar la patria, cerrada para ellos al vestido i al pan, al amor i al trabajo.

Rebano humano azzizado por el hambre, abandona la tierra sin pastos, i trotea hacia el muelle: con la esperanza puesta en otras tierras, que el deseo de mejorar su vida considera tierras de promisión.

Pero su hambre i su desventura son mansas, humildes, francamente cobardes. Si protestan, hácenlo en voz baja; si el dolor sale de su pecho, es para volverse lágrimas en los ojos, súplica en los labios, temblores en la extendida mano, servidumbre en las encorvadas espaldas i en las minueteadoras rodillas.

Faltos de amparo, de instrucción, de trabajo, de pan, de hogares, los infelices campestres batidos son tropel de borregos, que baten sus miserias con las cabezas bajas i los estúpidos ojos puestos en el espacio.

El barco emigrante da un pitido agrio, desgarrador. Las familias que vivaquean en los alrededores de Málaga recogen sus latos i trotan hacia el muelle; hacia el muelle trotan también los trahajadores mendigos; en el muelle, i contra la tabla que conduce al vapor se estrujan los que en el muelle aguardaban i los que al muelle acuden.

Luego empiga el embarque: un hombre cuenta las cabezas humanas como si fuesen cabezas de res. Ha entrado el último; se cierra la puerta, cruge la cadena al recoger las áncoras; un torrente de humo negro sale por la chimenea de la máquina, un último pitido se escucha, el vapor cabecea i comienza á hender las olas con majestuosa lentitud. El ganado de hambrientos marcha cobardemente á la ruin conquista del mendrugo.

Antes de tumbarme sobre la roca donde ensueño, he presenciado este espectáculo, he visto el enfardamiento de toda esa miseria humana, mientras las calles de Málaga son hechas a los besos de sol, i el vino chorrea en los mostradores, i los carruajes se dirigen por el camino de la Caleta, llena de cómodos hoteles i de apetitosos ventorrillos.

La capital andaluza ha visto con tranquilidad el desfile de los muchedumbres trahajadoras que huyen de la patria, porque en ella no tienen pan que llevar al estómago, ni vestido con que cubrir sus carnes, ni instrucción para sus cerebros, ni trabajo para sus músculos, ni amorosa fraternidad para sus almas, ni libre expansión para sus conciencias.

¿Qué le importa á la capital andaluza, qué le importa á todas las capitales españolas este continuo desfile de hambrientos? ¡Bah!... Su hambre es humilde, resignada, no protesta, no grita; las mandas de carneros no asustan.

Asustan los lobos cuando vienen famélicos de la montaña, con las fauces babosas, el pelo erizado i los dientes prontos á morder. No asustan los borregos cuando pasan por las carreteras con las cabezas bajas i los estúpidos ojos puestos en el espacio.

Tampoco asustan, tampoco son de temer los ganados humanos que el hambre hucina en los entrepuentes de los barcos blanqueros.

Tampoco asustan ahora esos infelices á quienes se les niega el derecho al trabajo, al pan, á la felicidad, al cariño i á la instrucción.

Tampoco asustan ahora. Pero mi ensueño sigue i se dirige hacia el porvenir; i lo ve dibujarse sobre una atmósfera color de sangre; i en esa atmósfera rojiza contempla á las multitudes hambrientas i haraposas, á las criaturas humanas faltas de pan i de trabajo, avanzar sobre las ciudades.

Ya no avanzan mansas i humildes protestando en voz baja, con las lágrimas en los ojos, la súplica en los labios, el ruego en la mano tendida hacia adelante, i la servidumbre en las encorvadas espaldas i en las minueteadoras rodillas. Avanzan erguidas, furiosas, con la amenaza en las pupilas, el insulto en la boca, el arma en las crispadas manos, el ansia de matar en el jadenite i desnudo pecho; ya no son rebano, son ejército; ya no son borregos que marchan en tropel con las cabezas bajas i los estúpidos mirares fijos en el espacio. Son los lobos del monte; que avanzan con las fauces babosas, el pelo erizado i los dientes prontos á morder. Son las fieras del hambre, que no retroceden; que necesitan pan i lo buscan, aunque sea mezclado con la sangre del prójimo; que reclaman justicia i se la hacen con salvaje impiedad.....

Abro los ojos aterrados. La atmósfera está limpia, el cielo azul, el sol hermoso i áureo; sobre los rielos argentinos del mar se pierde el blanquero como una alimaña negraza; todo es en la Naturaleza calma, recogido, quietud; pero mi cuerpo se estremece aún, aún tiemblo aterrado por la visión roja que acaban de contemplar los ojos de mi espíritu.

JOAQUIN DICENTA.

nistro de Gobierno. Las gentes se preguntan con asombro y sonrojo: ¿merece la nación un ultraje tan sangriento? ¿Ha sonado la hora de la impudicia oficial? ¿Principia el desbordamiento del punitivismo en las llagas del punitivismo?

Nada ha que justifique en ninguna forma la resurrección política de uno de los elementos más gastados i más antipáticos de nuestra vida contemporánea. Intelectualmente ¿qué vale el señor Zapata? Moralmente ¿qué es? ¿I hasta materialmente ¿qué representa?

Por mucho que no nos asombre nada de lo que vemos i podamos ver en el régimen del señor Pardo, difícil nos parecía que se llegara tan pronto i tan sin necesidad al extremo de echar mano del señor Zapata para recomponer un gabinete. Si desde el punto de vista de la política, todos los hombres de hoy son iguales, en el terreno personal, ¿o si se quiere humano, es dable establecer algunas diferencias. Hai individuos que todavía conservan escrúpulos, que no se han tirado por el atajo, que no serían capaces de cometer excesos ni de entrar en especulaciones groseras. Pero el señor Zapata ¿ante qué consideración ha de detenerse? El hombre que ni siquiera protesta cuando se le infama cruelmente en pleno Congreso, tiene coraje para todo lo malo i para todo lo inhumano. Las formidables retenciones del señor Gaziano no las habría soportado un caballero.

No puede calcular el señor Pardo hasta qué punto le ha dañado el encumbramiento del señor Zapata. De hecho se ha puesto en el mismo nivel que el señor Romaña i de hecho también ha patetizado una inmoralidad aterradora.

Aplaudiríamos con entusiasmo al gobierno por haber destituido al jefe de la gendarmería del Cerro de Pasco, si al propio tiempo le hubiera enjuiciado. Los abusos é infamias de ese hombre demandaban un castigo eficaz; algo que sirviera de escarmiento.

Para formarse idea de lo que ha sido en el Cerro de Pasco el sargento mayor Almandós, basta saber, según asegura *La Semana*, que se han querido criminalmente contra él las siguientes personas:

- Mamuel A. Larrea, por homicidio frustrado.
- Ampuero, Baldeón i Salcedo, por allanamiento de domicilio i torturas.
- Tello, Velis, Palomino i los Frías, por plagio i extrañamiento, sin previo juicio.
- Lliga, Chamorro, Sásga i otros, que presentaron acusaciones legalizadas ante el comisionado especial señor Cnados Pacheco, por reclutamiento i sultura por rescate.
- Ex-Subprefecto don Ernesto Martel, por usurpación de autoridad i detención arbitraria de Casimiro Beltrán.
- Andrés Montero, Marces, Qulspe i Vicuña Gorrialla, abanzados en la cárcel por el mismo Almandós.
- El capitán Rodolfo Espinoza, Jefe Militar de la Provincia, por ultrajes i amenazas graves.
- Federico Otaegui, por prisión arbitraria, exacciones i amenazas.
- Señora Luisa Vda. de Rozza, por secuestración i amenazas.
- Inocente Durand i Eliseo Guillén, por amenazas, persecución i maltratos graves.
- Eugenio i Marcos González, por prisión arbitraria, tortura i exacciones.
- Prisión arbitraria, incomunación i extrañamiento del Alcalde don Pietorino Riuera.

—Por allanamiento de nuestros talleres, con fractura de cerraduras.

—Señora Antonia Acuarone i familia, por allanamiento de domicilio, amenazas i maltratos graves.

—Podos los presos de la cárcel, por homicidios frustrados, en masa, tormentos, ultrajes i amenazas.

—Por la venta clandestina de las camicenas e existencias de la antigua casa de Fundación de barras, por denuncia del capitán don Nicolás Dávila Palacios.

—El Ministerio Fiscal, por allanamiento, desacato i asechanzas.

Como nunca alimentamos la menor esperanza en los planes pedagógicos del doctor Polar, no nos causa extrañeza el abandono de la instrucción en toda la república. Estamos peor que antes: el desbarajuste no reconoce límites. Pero lo que nunca supimos es que se llevara la temeridad hasta el punto de matar de hambre a los preceptores. Así está sucediendo en Chepén, según dice *El Faro*.

Para lapidar moralmente al Ministro de Instrucción no se necesita otra cosa que poner en transparencia las penas que están sufriendo los institutores en casi toda la república. ¡Matar de hambre a los maestros! Sólo en el Perú se ve un hecho semejante i sólo el doctor Polar puede tolerarlo.

A no pedirnos el señor Estrada Bueno que comentemos la carta i los documentos que nos han enviado para comprobar las maldades del ex-subprefecto de Parinacochos, nos abstendríamos de acometer una tarea que, si se conforma con la índole de nuestro periódico i los ideales de nuestro programa, nos parece completamente estéril. El gobierno no oye, no quiere oír ningún clamor, i es tan vigorosa la invecundia con que sostiene a las malas autoridades, que nuestro consejo a todas las vicinas consista en palabras sino en hechos, si tanto pudiéramos llegar.

Según el señor Estrada Bueno que los representantes del señor Pardo en las provincias disponen de carta blanca para todo, i no le extraña, como no nos extraña a nosotros, que no cabiendo en Parinacochos el subprefecto Jiménez se le haya trasladado a Lucanas. Allí está el subprefecto Luna cuando se hizo imposible en Anta se le mandó a Paruro. El régimen paralista está caracterizado por la difusión del mal en forma pareja, para que ningún pueblo deje de sufrir humillaciones i vejámenes.

Tampoco se escandalice el señor Estrada Bueno por la grosería con que exaccionan las autoridades a los ciudadanos, a la sombra de la ley de conscripción militar. Este es un negocio lícito para los hombres de hoy, i quién sabe si especialmente le han autorizado. ¿En qué provincia no se ha convertido la conscripción militar en un enorme i nauseabundo peculado? ¿I qué autoridad ha sufrido el menor castigo, la más insignificante amonestación siquiera?

Si el señor Estrada Bueno no estuviera como está, hasta nos burlaríamos de la sencillez con que execra las brutalidades que le ha hecho sufrir el subprefecto Jiménez, por haberle creído autor de algunas correspondencias publicadas en los diarios de Lima. Otro de los signos característicos del régimen dominante es el odio a la libertad de imprenta. El escritor independiente lleva sobre su cabeza un millón de anatemas i

no existen para él ni leyes ni garantías: cualquier sátropa tiene derecho a aniquilarle, hasta por meras sospechas, hasta por simples presunciones. No sólo es delito decir verdades, sino amar el bien i aborrecer las infamias aun en silencio. Vivimos en plena inquisición política: basta que se nos crea disidentes para que los esbirros del oficialismo traten de achicharrarnos.

Consuélese, pues, el señor Estrada Bueno: ni es el primero ni será el último de los mártires del gobierno paralista. Por el mismo camino que él ha andado porque se le atribuyó la paternidad de ciertos artículos, traficamos todos los que no pertenecemos a la comunión política dominante: ya nos llegará la hora del mandoblasto.

Si hubiera honradez i buena fe en el gobierno, no se habría esperado tanto i tanto para destituir al subprefecto de Ayacucho.

Hace meses que ese funcionario reclamaba algún correctivo, porque sus abusos eran tremendos. Páginas enteras ha dedicado *La República* a la narración de los atropellos i desmanes del señor Gutiérrez; pero como el gobierno tiene la insana i criminal costumbre de apoyar incondicionalmente a los tiranuelos allí se ha estado ese hombre como una amenaza de muerte para todos los héroes de los ayacuchanos.

Si el señor Gutiérrez no hubiera cometido la insensatez de sublevar las iras de un señor representante (i) partidario del gobierno, habría continuado tranquilo en su puesto gozando leve i escarceando garantías.

¿No se crea que haya la más mínima virulencia en nuestras palabras ni menor injusticia en nuestros conceptos; enunciamos una enorme verdad, una verdad desnuda. Allí está la historia íntegra i completa del régimen dominante; allí está el prefecto del mismo departamento de Ayacucho, a quien todos los días i en todos los tonos averiguamos *La República* pidiéndole la publicación de las cuentas del camino a Ica. ¿Quién escucha la voz de *La República*? ¿Quién vela por el decoro de la administración pública? ¿Quién obliga al señor Benavides a proceder con rectitud i decencia? El prefecto de Ayacucho es intangible, i lo será hasta que, a semejanza del señor Gutiérrez, cometa la insensatez de incurrir en la santa cáblera de algún partidario del gobierno.

Los dos hechos más notables de esta semana patetizan la miseria moral del oficialismo: la sustitución del señor Balta por el coronel Portillo i el rechazo del pliego de interpelaciones del señor Sousa.

Es necesario carecer en lo absoluto de respeto al qué dirán para conferir el ministerio de fomento a un individuo, conocido muy bueno como simple particular i tal como aquí se valorizan las virtudes domésticas, pero inhábil completamente para seguir la senda trazada por el señor Balta. ¿I qué falta de escrúpulos ha revelado el coronel Portillo al aceptar ese puesto? Es un segundo Zapata i nada más.

Por lo que respecta a la actitud de la Cámara de Diputados, no hai palabras suficientemente expresivas para calificarla. Eso no es parlamento ni cosa que lo valga: es un hato de gente impúdica, un verdadero símbolo de nuestra degradación. Allí se carece hasta del vulgar sentimiento del compañerismo, hasta del natural instinto de conservación. Lo

único que allí vibra es el espíritu de servilismo, lo único que allí se apetece es contentar al amo, lo único que allí impeará con fuerza abrumadora es la bajeza de los caracteres; pero una bajeza llevada al extremo de amparar a un ministro analfabeto, según dice *La Prensa*, é idiota, según se deduce de la peroración de uno de sus mismos partidarios. ¿Qué época i qué hombres!

## La masonería italiana

Nuestro objeto al escribir este artículo no es alabar a ningún masón, porque vemos en la Masonería una institución puramente burguesa que ha perdido ya todas las virtudes que tenía en aquel tiempo que la formaban los verdaderos *liberi muratori*; porque nuestros pechos no se suscitaron nunca en contacto con la punta de una espada que asusta, mas no hiera, ni hemos jurado tonterías bebiendo en aquella copa donde el agua muda de sabor debido a quién sabe qué clase de brujerías. Queremos alegar un hecho para demostrar hasta dónde llegan los fines retrógrados que persiguen casi todos las masones de la "Logia Stella d'Italia."

El valiente discurso pronunciado por el señor González Prada el 24 de setiembre del año próximo pasado en dicha Logia, a invitación del Venerable Pietro Solari, parece que principia a manifestar sus efectos en el procedimiento de los adulesores de su querido rei i de su adorada reina. Pues así; poner el cuerpo en la lлага duele, i duele más aún cuando se le pone sin usar la delicadeza de los adulesores.

El señor Solari, al invitar como oradores al señor Prada i al doctor Giraldo, procedió como hombre que desea el desarrollo de las ideas avanzadas, tan escasas en este país. Aparte de todo eso, siempre esos fueron discursos bien recibidos, ser en la forma como en la sustancia; no un mamarracho de frases aduladoras como las pronunciadas por el Conde Canevaro i el señor Carbone que hicieron rei hasta las silletas.

Peró el señor Solari, para realizar su programa, quería algo más: quería poner el templo a disposición de los librepensadores para que allí realizaran sus conferencias; había expresado la idea de establecer una imprenta por cuenta de la Logia, donde, a precio reducido, se hubieran podido imprimir folletos i periódicos, facilitando así una propaganda higiénica en este ambiente corrompido por la peste frauluna i burguesa. Pero sus aspiraciones liberales no paraban en eso: la formación de una biblioteca de buenos libros completaba su digno programa.

Ants esos sanos principios, si nuestro deber de libertarios conscientes nos impide aplaudir a un hombre que pertenece a una Sociedad que se encuentra, por su fanatismo sectario, en abierta oposición con nuestros ideales, reconocemos en el señor Solari un masón honrado. Mas, como todo hombre que procede con la iniciativa de su conciencia, está destinado a sumir bajo la fuerza bruta de una mayoría de enanos inconscientes empinados por unos cuantos farsantes ambiciosos del poder i adulesores de una monaja retrógrada, el señor Solari, en las últimas elecciones de cargos, ha sido sustituido por el Conde Canevaro, nombrando al señor Bartolomé Carbone orador oficial de la Logia (sic). La escogida, como se ve, no podía ser más selecta.

## La Irreligion del Porvenir

ESTUDIO SOCIOLOGICO

— DR —

M. GUYAU

(Continuación)

otros; es la interngación ansiosa, de Cherubin.

En suma, el sentimiento del pudor no tiene su origen i su verdadero punto de apoyo en la religión, a la que solo está ligado muy indirectamente. Es más, aún puede censurarse la educación religiosa desde el punto de vista del pudor. ¿Acaso siempre es buena la lectura de la Biblia entre los protestantes? M. Brunton hace resaltar la inconveniencia de la lectura del «Cantar de los cantares», en una época como la nuestra, en que los matrimonios se conciertan con más frecuencia por el interés que por inclinación.

Nosotros creemos que, en efecto, la lectura del «Cantar» es propia para desenvolver las inclinaciones de las jóvenes. ¿Pero será la inclinación desenvuelta de este modo, la reglamentada i complicada que nos aconseja la iglesia? Pues entre los católicos ¿cuántas preguntas indiscretas hace a la joven el confesor? ¿Cuántas prohibiciones peligrosas cual sugeriones! Al fin, aun tratándose del pudor, el exceso es un defecto: un poco de libertad bien entendida en la educación ó en las costumbres, no estaba del todo mal. La educación católica puede concluir por falsear el espíritu de la mujer, educándola demasiado apartada del hombre, habituándola a sentirse intimidadada, turbada, por aquel con quien debe pasar su existencia, haciendo su pudor demasiado indeterminado i feroz, convirtiéndole en una especie de religión.

Así es que a veces se manifiesta una desviación del pudor en las tendencias místicas de la mujer que son más fuertes sobre todo en la época de pubertad. Estas tendencias, explotadas por el sacerdote, son el origen de los conventos i de los «austros». La educación católica de la joven es con harta frecuencia una especie de mutilación moral; se busca el hacer vírgenes i se corre el riesgo de no hacer más que imbéciles. Las religiones tienden con frecuencia a considerar la unión de los sexos, bajo yo sé qué aspecto místico, i desde el punto de vista moral como una mancha. Es cierto que la pureza es una fuerza: con una pequeña punta de diamante es con lo que se perforan hoy día las montañas i hasta los continentes; pero el cristianismo ha confundido demasiado la castidad con la pureza. La verdadera pureza es la del amor. Se puede decir que la castidad verdadera está en el corazón, que sobrevive a la del cuerpo i que cesa allí donde se convierte en impotencia, en restricción, en obstáculo al libre desenvolvimiento del ser entero: un enuño ó un seminarista pueden no tener nada de castos; la sonrisa de una prometida ó su amante, pueden ser infinitamente más virginal que la de una monja. Por otra parte, nada mancha tanto el espíritu como una preocupación demasiado exclusiva, demasiado perpétua, de las cosas del cuerpo; la atención incessantemente atraída de este lado, evoca necesariamente imágenes impúdicas. San Jerónimo en el desierto, creyendo como el mis-

mo cuenta, ver bailar desnudas a la luz de la luna las cortesanías romanas, tenía el corazón i el cerebro menos puros que Sócrates al visitar *sans façon* a Teodora. El pudor demasiado consciente se hace necesariamente impúdico. La virginidad recoge toda su gracia de cierta ignorancia: cuando llega a ser demasiado sabia para conocerse a sí misma, entonces se marchita. Una vez pasada la primavera, no se conservan las vírgenes, lo mismo que ciertas frutas, más que desecándolas. Dos cosas transforman el universo apareciendo en él el amor i el sol. El pudor no es más que una coraza que supone todavía un estado de guerra entre los sexos i tiene por objeto evitar la promiscuidad ciega. El abandono mátno del amor es más casto que la pudibunda inquietud i la sospecha impúdica. Entre dos amantes se establece una especie de confianza que hace que no quieran ni puedan retener nada para sí. La violencia consigo mismo; el sentimiento de desconfianza respecto a un extraño; la conciencia del estado de lucha, son cosas que desaparecen. Seguramente es la unión más perfecta que puede existir aquí en la tierra i según la creencia más platoniana

Adulación! Lei atávica i gangrena incurable en los italianos residentes en el Perú. Resumen: Las conferencias libres en el templo de la "Loggia Stella d'Italia", la imprenta i la biblioteca quedan sustituidas con el grito estúpido de Viva el rei! Ya sabemos que la mayoría de los masones eran unos fariseos.

PEDRO FERRARI. Callao, Febrero de 1906. [De Los Peras.]

SUUM CUIQUE

Teorindo I era un Emperador sapientísimo, aunque su sapiencia lucía i resonaba poco, porque el brillo i la resonancia del mérito salen, más que de la intensidad propia, de la extensión del lugar que ocupa.

Métanse la luz i la música en en cueva cerrada, i ni una alumbra ni otra se deja oír, aún dando más luz que aquel farolillo que, puesto en la cueva, se ve de lejos, ó haciendo más ruido que aquel cómico de escasa voz que subido en el tablado hueco conmueve i aturde a la galería. Tal rei, príncipe ó magnate hai en el mundo que dice una perogrullada, i por venir de él es oída i alabada de millones de gentes como si fuera la palabra divina descendida del mismísimo Sinaí.

I tal pastor rudo anda por esos cerros solitarios, que profiere en cada palabra un apotegma, i queda inédito i olvidado bajo las ramas del chozo.

El buen Teorindo no tenía público, i así compitaba con el sabio Salomón, nadie reparaba en él, fuera de los pocos i desavisados cortesanos de su mezuquina corte.

En el Estado de Ideolandia todo era pequeño, menos su pomposo título de Imperio. La dignidad de los títulos tiene la condición del ascua: cuesta poco crearla; lo difícil es sostenerla en la mano. I como les resultaba tan barato erigirse en Imperio como proclamarse tribu, los ideolandeses se dieron el tono de crear para su uso un Emperador de tamaño igual al de los sultanes asiáticos i los régulos de tartaria.

Contaba la estadística del Imperio hasta unos sesenta mil habitantes repartidos en varias islas tan cercanas, que los de algunas de ellas se entendían con los de las otras de orilla a orilla. Esta topografía insular prestaba cierta grandeza imaginaria al territorio, porque así el Emperador se permitía el lujo de nombrar Gobernadores para Ultramar, aunque lo ultramarino se tocaba con la mano. La nación era insignificante, porque el territorio no podía extirarse.

Pero si la nación minúscula, el Estado era grande i aparatoso como correspondía a una parodia de Imperio. Nada faltaba a la imitación. Emperador, Corte, Consejo de Ministros, Parlamento, Tribunales, Ejército, Marina, Constitución, Códigos, leyes i reglamento i hasta prensa, que se componía de cinco periódicos con más redactores que lectores. Porque es de advertir que los más de los ideolandeses eran hombres públicos, es decir, que ejercían el arte de gobernar al exiguo resto que hacía el papel de masas i pueblo. No menos de cincuenta i cinco mil ciudadanos eran públicos de profesión, incluyendo, natu-

ralmente, en el número de sus familias, las cuales vivían ó pretendían vivir de la política de sus cabezas. Cinco mil eran los resignados a dejarse gobernar sus intereses i administrar su hacienda. Parecía aquello a las comedias de poco éxito i gran aparato, en que son más numerosos los actores que los espectadores. O a ciertos ejércitos mejor hinchados que henchidos, donde hay más generales que jefes i más oficiales que soldados.

Todo buen ideolandés pensaba, escribía ó hablaba sobre la cosa pública. Los que disfrutaban el turno de Gobierno tenían su periódico en la GACETA OFICIAL ó su tribuna en el Parlamento. Los contrarios hablaban en sus comités, asambleas i círculos ó escribían en la prensa de oposición con tienda abierta i columnas francas á toda queja ó eco de la opinión. Por eso queda dicho que los periódicos tenían más redactores que lectores, á lo menos lectores de pago.

Como se ve, aquel archipiélago era feraz para el cultivo moderno de la filosofía social.

Hai regiones en que toda la gente es agricultora, territorios en que todo el mundo es minero, costas en que todo viviente es pescador, tierras donde se dan sólo cereales ó sólo bellotas. Ideolandia producía por naturaleza ideas políticas, como otros terrenos castañas ó melones.

Así es que no había ciudadano que no llevase en los senos de su mollo ó de su carpeta su correspondiente sistema de Gobierno, unos de invención propia, otros importados de las naciones europeas más adelantadas en esta industria.

En cuanto se reunían dos ciudadanos, conferenciaban, en cuanto se les agregaba otro, elegían un jefe i constituían un partido. nunca más numerosos, porque el número trufa aparejada la disidencia. I de esa suerte, las fracciones i los grupos se habían multiplicado tanto, que nadie vivía en paz i en gracia de Dios. Nadie el régimen monárquico puro que proclamaba el absolutismo, hasta las áceratas, que pretendían gobernarse sin gobierno, no faltaba banda legal ó ilegal en aquella escala de colores i matices políticos.

Neorindo I pasaba grandes amarguras viendo cómo su buena voluntad no bastaba á concertar las malas voluntades ajenas. Quería agrandar á todos sus súbditos cosa imposible cuando el Gobierno es uno, los pretendientes son muchos i los tiempos poco propicios á milagros como el de los panes i los peces. En verdad que los peces abundaban, pero el pan no alcanzaba para tanta boca abierta.

La institución sistemática del turno equitativo no remedió los males ni las ambiciones, porque los partidos ilegales no aceptaban nunca el poder; los legales lo querían siempre, i cuando no se les otorgaba se salían al punto de la legalidad. La paciencia no es la virtud de los políticos, ni la legalidad parece buena sino vista desde dentro.

Fatigados pueblo i Emperador del disturbio permanente en que les traían los escándalos en el Parlamento, el motín en la calle, la sedición en el cuartel i las conjuraciones en Palacio, el buen Teorindo intentó una última prueba. Congregó á los partidos, en la persona de sus jefes, para que le propusieran medios de concordia. Exhortóles á ella en bien de la patria, i todos juraron ponerla sobre todas las cosas.

Pero luego cada cual entendía á su manera el patriotismo. —No servimos á nuestro particular interés, porque si por él fuere, preferi-

riamos el descanso á la gobernanación, que es carga antea que deleite; atendemos al procomún; i precisamente ese reclama nuestro sacrificio i continuación en el poder. Así habló, como puede suponerse, el Consejo de Ministros.

—Estamos conformes—dijo el jefe de la oposición legal,—conformes con el Gobierno en que el Ministerio es una carga antes que un cargo; por ahí se verá que no nos lleva el interés personal. Pues cabalmente, la salvación de la patria exige con urgencia, i antes hoy que mañana, la desaparición de ese gobierno.

Conformes también en que urge la destitución de ese Gobierno—manifestó el jefe del partido absolutista.—Pero decidimos que no basta con eso; justamentem, el bien de la Patria pide además la abolición de todas las instituciones liberales en que el Gobierno se funda. Sólo permanecerá una institución, la secular, la sagrada, la única aprovechable: la monarquía pura.

Murmulos generales acompañaron á estas palabras.

—Se—pursiguió con aplomo el absolutista—que los enemigos del orden gritarán. Pero con nosotros traeremos el procedimiento expeditivo i seguro de acallar á los revoltosos; i es el de extrañar del imperio á todos los ciudadanos que no piensen como nosotros.

El Emperador, que parecía el más llamado á asentir i complacerse en lo propuesto, hizo una observación digna de su bondad i sabiduría.

—Por entonces vís á despoplar mi imperio. ¿Sobre quién vamos á mandar yo i mi ministerio? Sin coro de súbditos estamos de más los actores.

—Nosotros—dijo el jefe de los republicanos—pensamos casi lo mismo que el absolutista. Deben desaparecer las instituciones actuales. Pero el verdadero patriotismo, el patriotismo nuestro, exige que se vayan todas, todas sin excluir la monarquía.

No alcanzo por qué no vivimos en paz, dada la conformidad de nuestras opiniones—habló el orador de los anarquistas.—Yo, defendiendo siempre el bien común, pienso con la oposición legal que sobre este ministerio, pienso con el absolutista que sobran las instituciones liberales; pienso con el republicano que sobra la monarquía; pero pienso además que sobra la república i toda forma real ó aparente de gobierno.

Toóle la vez al Emperador, i dijo: —Es tan unánime i me hace tanta fuerza la conformidad de vuestros varios patriotismos, que me declaro convencido i de acuerdo con todos. Como soy hombre que cree i practica, voi á resolver de suerte que dará gusto á todos. I con esto despidió á la asamblea de los partidos.

El honrado Teorindo, persuadido de que era imposible gobernar en paz á un país ingobernable, decidió cambiar el Ministerio, las instituciones i su propio estado personal, pasando de Emperador á ciudadano con la renuncia de su propia corona.

Tomándose un anticipo de la libertad que iba á gozar en adelante como simple vecino de su antigua corte, salió solo á pasear por el campo, i andando, andando dió junto á una granja, donde dos mujeres i un hombre jugaban i reían como si no hubiesen cuidados que les aquejase. Les disgustó aquella alegría, porque cuando pensamos creemos á los demás obligados á nuestro duelo, i la alegría ajena nos parece una injuria que se le infiere.

—No tenéis penas—les dijo,—os felicito. —I por qué hemos de tenerlas, se-

ñor?—respondió el hombre.—Somos medianamente ricos, nos casamos muy enamorados i vivimos santamente en compañía de esta señora, madre de mi esposa.

—¿I vivís en paz? —Mejor que antes de casarlos. Porque entonces nos descontentáramos alguna vez cuando yo era convidado á comer en la casa de mi futura. Gusta á ésta la carne muy asada, á mi madre con mucha sal i á mi mujer muy asada ni con sal. I yo por ser convidado i ellas por cortesía de la hospitalidad aguantábamos la carne como se servía, fuera ó no de nuestro gusto. Otro tanto sucedía con las aves; á mí me gusta el mollo, á mi mujer la pechuga i á mi suegra los menudillos. Este diversidad de aficiones, antes ocasión de discordia, es hoy causa de perpetua concordia. Cada cual se sirve el manjar de su agrado sin que se lo disputen envidia ó deseo de los otros á quienes no agrada.

—Yo conozco una mesa donde nunca hai paz, porque todos quieren comerse la cabeza de la gallina. —¿Hay un gusto! No tiene sino hueso. —Nosotros la tiramos á los perros. —¿I serás hombre político como todos? —Ni conozco la cara del Emperador. —Vuelvo á felicitarte por ello. Sin ser político sabes i me has enseñado más política que todos los ministros. —Teorindo regresó apresuradamente á su palacio, i en el mismo pliego que tenía preparado para escribir su renuncia escribió la siguiente nueva:

Constitución de Ideolandia Artículo único.—Cada ciudadano será gobernado según él quiera gobernar á los demás. El Emperador no ejercerá más funciones ni facultades que las de hacer guardar, cumplir i aplicar á los partidos las leyes que respectivamente dicen para su uso.

Con este régimen todos los partidos gobernaban simultáneamente, quedando el Soberano como verdadero poder moderador, péndulo que regulaba el movimiento de las piezas de aquel reloj. EUGENIO SELLES.

GERMINAL

ORGANO DEL PARTIDO RADICAL (UNION NACIONAL)

Epitome de los artículos

Se publica todos los sábados.

Subscription mensual.....40 cts. Número suelto.....10 ..

La administración funciona diariamente en la calle de Belén número 1.022, de 8 á 11 a. m. i de 1 á 5 p. m.

Los cambios de Lima i el Callao deben enviarse al local de la Administración Los de provincias, á la casilla del Correo núm. 277.

Toda correspondencia se dirigirá á la Administración de Germinál, casilla No. 277.

Las personas que deseen suscribirse a GERMINAL, lo avisarán al Administrador. GERMINAL no admite avisos ni correspondencias.

Imp. EL PROGRESO—Callao.

na, el cuerpo, la materia, es lo que divierte de los espíritus, se puede decir, á pesar de la aparente paradoja, que el amor es el estado en que el cuerpo se hace menos opaco entre las almas; se estrecha i casi se borra. El mismo matrimonio conserva para la mujer una especie de virginidad moral. En el dedo amarillento de los viejos esposos se reconoce la pequeña señal blanca ocupada desde hace treinta años por el anillo de esposales; es lo único que se ha conservado al abrigo de las marchitezcas de la vida.

Nosotros creemos que se puede rehabilitar el amor desde el punto de vista intelectual, como desde el punto de vista moral. Si constituye por ciertos conceptos un gasto de fuerza, aumenta de tal modo por otros conceptos toda la energía vital que se le debe mirar como uno de esos gastos fructuosos inseparables de la misma circulación de la vida. Después de todo, vivir, lo mismo en el sentido físico que en el sentido moral, no es solamente sentir, sino que también es dar i sobre todo es darse, es amar. Es difícil falsear la vida propia, en su dirección más primitiva, sin falsear al mismo tiempo el corazón i la inteligencia. El amor es un excitante por excelencia de

todo nuestro ser i de nuestro mismo cerebro. Se apodera de nosotros, nos pone en tensión, nos hace vibrar como un arpa i dar toda nuestra música interior. No se puede reemplazar este estimulante supremo por el café ni por el hashish. La mujer no tiene solamente el poder de completarnos á nosotros mismos, de formar por la mezcla de su existencia con la nuestra un ser más completo, más total, que sea un resumen arrojado de toda vida; ella es capaz, además, por su simple presencia, por una sonrisa, de duplicar nuestras fuerzas individuales, de hacerlas llegar al punto más elevado que puedan alcanzar; es nuestra virtud está apoyada en su gracia. ¿Cuál es la potencia de todos los demás móviles que pueden impulsar al hombre hacia delante; amor á la reputación, á la gloria, el mismo amor de Dios, comparada con la del amor á la mujer, cuando esta comprende su papel? Aun la pasión más abstracta, la pasión de la ciencia, necesita frecuentemente para adquirir toda su fuerza mezclarse, por una de esas combinaciones tan extrañas como frecuentes, á algún amor femenino que logre hacer sonar los graves alambiques i

ponga la alegría de la esperanza en el misterio de los crisoles. Nada es simple en nuestro ser, todo se amalgama i se confunde. Los que inventaron al monje tuvieron la pretensión de simplificar el ser humano; al fin no han logrado más que completarlo extravagantemente ó mutilarlo.

El amor no desempeña solamente, respecto del sabio i del pensador, el papel de estimulante. Además de excitar en tales hombres el trabajo cerebral, puede contribuir indirectamente á rectificarlo. El que ama vive en la realidad; esto es una gran ventaja para pensar acertadamente. Con el fin de comprender el mundo en que vivimos, no es preciso amparar por transportarse fuera de él, no hace falta construirse un mundo para sí, un mundo frío i mezquino, capaz de contentarse en la celda de un convento. El que quiere hacer el ángel, hace la bestia, decía Pascal; no solamente hace la bestia sino que se embrutece en cierta medida; algo alto á la precisión i á la vivacidad de su inteligencia. Aminorar el corazón, es siempre aminorar el pensamiento. El que pudiera conocer en todos sus detalles la historia de los grandes espíritus, se asombraría al descubrir al-

guna traza del amor hasta en el atrevimiento i en el vuelo de las grandes hipótesis metafísicas ó cosmológicas, hasta en las instituciones penetrantes de los puntos de vista generales, hasta en el calor apasionado de las demostraciones. ¿Dónde no se audará el amor? Así como hace más atrevidas las investigaciones en el dominio del pensamiento, también las hace más dulces, más ligeras, i lleva siempre la confianza; tiene le en sí mismo, en los demás, en el Universo misterioso i harmónico. Además, ofrece al corazón esa ternura que hace tomar interés por las menores cosas, por los hechos más insignificantes i que descubre su lugar en el Todo. Hai mucha bondad en el corazón del verdadero sabio!

Por otra parte. ¿Qué es la ciencia sin el arte? Hace mucho tiempo que se han encontrado las relaciones más íntimas entre las facultades del sabio i las del artista. Podría acaso subsistir el arte sin el amor? Aquí el amor se confunde en la misma trama del pensamiento. ¿Qué es el componer versos ó música, pintar ó esculpir, sino pintar el amor de distintas maneras i bajo diversas formas? Digan lo que quieran los defensores más ó menos convencidos del espíritu monás-